

➤ Días ambiguos en San Gallen

Enrique Vila-Matas
Barcelona, España

Resumen: La denominación “semi-ficción” problematiza el binomio realidad-ficción y muestra cómo los hechos factuales se entremezclan con el producto de la imaginación del autor. Por su parte, los elementos ensayísticos se fusionan con el engranaje narrativo para sostener el marco referencial del presente artículo: un conjunto de disquisiciones acerca de la ambigüedad. En él, las experiencias vividas en las ciudades de San Gallen y Barcelona remiten a la concepción de la literatura entendida como disolución de barreras asociadas a determinadas configuraciones genéricas y formales.

Palabras clave: Ambigüedad, Ficción; Literatura contemporánea; Siglo XXI.

Abstract: The concept “semi-fiction” makes the reality-fiction pairing problematic, and it shows how fact blends with the product of the author’s imagination. Essay elements fuse with narrative gears to support the referential frame of this essay: a group of disquisitions about ambiguity. In it, the lived experiences in the cities of St. Gallen and Barcelona lead to a conception of literature as dissolution of borders linked to particular generic and formal configurations.

Keywords: Ambiguity; Fiction; Contemporary Literature; 21st Century.

Lo he dicho ya alguna vez por activa y también por pasiva, y creo que en mis palabras no hay sitio para ambigüedad alguna: tengo para mí que la literatura no enseña métodos prácticos, sino solo posiciones; el resto hay que aprenderlo de la vida, y quizás aprendiendo de ella se puede crear un estilo literario, es decir, lograr un espacio y un color internos en la página, un sistema de relaciones que adquiera espesor, un lenguaje calibrado gracias a la elección de un sistema de coordenadas esenciales para expresar nuestra relación con el mundo.

Los que me conocen saben que soy ambiguo en todo, menos en esto. Porque yo siempre he sabido que, por paradójico que parezca, si no contara con este personal y contundente punto de vista sobre la literatura, me sería difícil ser ambiguo cuando escribo. Lo soy siempre a la hora de escribir, menos cuando fijo mi posición frente a la literatura. Esa posición fija es la que me ha permitido, sin ir más lejos, escribir seis relatos poco después de regresar de *Fronteras nebulosas* (el congreso en San Gallen al que he llamado siempre Congreso de la Ambigüedad).

Ofrezco los seis relatos (seis semificciones) al lector de estas páginas. Y los ofrezco conjuntamente con un fragmento de *La teoría de Lyon*, la semificción que leí, a modo de ponencia, en el encuentro de San Gallen.

1. Mejor que Jerry sea real

A finales de 1964, recién cumplidos los diecisiete años, la familia me pagó un largo desplazamiento a California para que pasara unas semanas en casa de tío Eduardo en Santa Mónica. De aquel viaje iniciático guardo buenos recuerdos, muy especialmente del día en que mi anfitrión, con gran pompa paródica, me anunció que por la noche cenaríamos con Fred Quinby.

—¿Quinby?

Aquel invitado era el director del estudio de dibujos animados de la Metro y el afortunado productor de la serie de Tom y Jerry. Puede que su apellido lo hayan visto decenas de veces en los carteles de crédito de la serie, pero quizás no sepan que, al final de su vida, Fred Quinby, a pesar de producir una serie de tanta comicidad, tenía fama de ser enormemente antipático y carecer de todo sentido del humor.

En realidad, era la persona más odiada de Santa Mónica. Y yo, dada mi corta edad, me excité ante la idea de poder conocer por primera vez a un ser humano al que absolutamente nadie —salvo tío Eduardo, que era un ser especial— podía soportar.

¿En qué se diferenciaría de los demás un señor al que “odiaba toda la humanidad”? Mi tío Eduardo le acogió en su casa porque, según dijo, lo consideraba un tipo mucho menos cargante de lo que la gente creía. Eso hizo que recibiera yo a Quinby con ganas, pero un detalle físico estropeó bastante las cosas: el hombre tenía un grano en la frente, una pústula de color lila. Siempre he creído que aquel grano fue el causante directo de que él bebiera tanto esa noche. A los postres, Quinby tenía hipo y su rostro parecía desencajado, y alarmaba verle tan tambaleante en su silla.

—Minnesota —le oímos decir de pronto.

No tardamos en saber que deseaba indicarnos la región de la que provenía y de paso contarnos que de allí venían todos los mejores espías. De hecho, tenía a decenas de paisanos de Minnesota contratados para espionar lo que en Hollywood se decía sobre él, pues quería estar al corriente de las opiniones desfavorables que, sin duda producto de la envidia o de la frustración por los fracasos acumulados, emitían sus enemigos.

Hoy en día, Quinby se ahorraría mucho dinero en espías porque le bastaría con darse una breve vuelta por Internet para enterarse de lo que una multitud de cacatúas anónimas resentidas pensaban de él. Pero en 1964 todo era muy diferente y Quinby, que vivía en una paranoia extrema, se sentía muy orgulloso de disponer de tan espectacular lista de personas a las que, nos dijo, pensaba perseguir hasta su guarida para machacarles en cuanto llegara el momento oportuno. Tenía informes de todas las maledicencias sobre su persona y de cómo se permitían hablar de él sin conocerle de nada. Según nos dijo, no se le había escapado el nombre de ningún enemigo y si tenía tantos era porque en todas partes y en todas las circunstancias la supremacía del espíritu era lo más odiado en el mundo, y mucho más entre los chapuceros del mismo oficio, que buscaban, sin esfuerzo ni talento, ocupar el lugar en el que él estaba.

—Y algo está muy claro —insistió—, voy a perseguir y fumigar a todos esos pobres tarados.

Nunca he visto a nadie tan obsesionado con sus enemigos; recordaba a aquel que llevaba medio siglo obstinándose en comprender una cabeza de alfiler, e insistía.

De pronto, creí ver en Quinby al propio Tom, el gato de los dibujos de Tom y Jerry. Y le pregunté a bocajarro:

—Perdón, señor Minnesota. ¿Y si resultara que Jerry es solo una invención de Tom?

Le di tal susto que se le quitó de golpe el hipo.

Yo solo había pretendido insinuarle que si en sus célebres dibujos animados se suprimiera al ratón Jerry, eso convertiría en persecuciones fantasmales las andanzas del obsesivo Tom. Es más, el pobre gato perdedor, al tener que sucumbir ante un enemigo inexistente, caería en un doble ridículo y doble fracaso, lo que aún haría más deplorable todo.

Ya podía estar contento, había venido a decirle yo, de que sus enemigos fueran reales, pues habría podido ser mucho peor de ser estos una invención paranoica de su mente.

No creo que el pobre Quinby captara del todo lo que le había insinuado, pero lo cierto es que de pronto sonrió feliz. Fue como si se le hubiera borrado el furúnculo y hubiera, además, comprendido que para él iba a ser mejor aceptar que la apelmazada banda de los tarugos iba a estar ahí siempre con su murga perseverante.

Era mucho mejor que la murga fuera siniestramente real que dedicarse a la construcción de un enemigo irreal que no haría más que conducirlo, a lo largo de persecuciones fantasmales, a un ridículo y fracaso duplicados.

En definitiva, era mejor que Jerry existiera a lo contrario.

Cuatro años después, leería yo en una entrevista a Gabriel Ferrater:

—¿La realidad es desagradable?

—Hombre, sí. Y la irrealidad, ¿qué?

Pues eso. Hoy, por ejemplo, hace muy mal tiempo y estoy esperando a que cambie. Pero está claro que es mejor que haga ese tiempo tan pésimo a que no haga ninguno.

2. Salir como la marquesa

De inmediato sentí vergüenza al caer en la cuenta de la hora elegida. ¿Acaso no recordaba que Valéry renunció a hacer novelas porque estas, según dijo, le obligaban a escribir líneas tan banales como “la marquesa salió a las cinco”?

¿Qué hacía saliendo a la hora burguesa, a las cinco? Habría sido mejor que me hubiera quedado en mi escritorio. Me pareció una fatalidad que, pretendiendo pasar por un escritor innovador, hubiera cometido el gran desliz de caer en hábitos tan convencionales. ¡Precisamente yo, que, el día anterior en la televisión, me había esforzado en definirme como escritor de semificciones!

El nombre del nuevo género lo había encontrado en el *New Yorker* en una crítica de James Wood a una novela de Geoff Dyer en la que al parecer este combinaba ficción con autobiografía. Por supuesto, no era Dyer quien había fundado la semificción. De hecho, eran innumerables los precursores (Bernhard, Sebald, Teju Cole, por poner tres casos evidentes), pero seguramente al famoso Wood no le había apetecido incluir una lista interminable de antecedentes.

Como ansiaba sentir que viajaba por mi barrio, crucé una calle muy activa y enfilé un sórdido callejón que me sirvió de atajo para llegar a una vía principal. Nada más llegar a esta, vi con cierto asombro que se dirigía hacia mí directo, con la mano extendida, un ciudadano de rasgos faciales cuadrados —un peatón cubista, pensé—, un señor de diferentes colores de piel en los brazos, feo a morir.

Sentí un ligero gran rechazo al estrecharle la mano a aquel monstruo, pero qué remedio, negársela habría dificultado las cosas.

—Me alegro de por fin poder saludarlo—dijo el peatón de rasgos cuadrados—. Y también de haberle visto ayer por televisión. Estuvo muy bien y me llenó de orgullo. Después de todo, estudiamos juntos en los jesuitas. Me llamo Boluda.

La complicidad con la que me miró me engañó inicialmente, pues hacía cuarenta años que buscaba a un Boluda que había sido mi amigo en los jesuitas de la calle Caspe en el centro de Barcelona. Pero pronto vi que era difícil, por no decir imposible, que aquel tipo —su configuración física lo impedía— pudiera ser el que buscaba, aunque tal vez fuera su hermano o tal vez su primo.

Boluda empezó a nombrarme los curas y profesores más carismáticos del colegio, algo que a mí no podía más que entusiasmarme, vibraba literalmente cuando —rara vez me llegaba esa oportunidad— podía contrastar con alguien la fuerza real de algunas emociones de otro tiempo.

¿No me acordaba del padre Juan Bautista Bertrán? La pregunta de Boluda me permitió explayarme acerca de mis recuerdos sobre aquel incomprendido profesor que nos leía en clase poemas italianos. Y cuando, poco después, apareció el nombre del padre Bosch, no tardé en asociarlo a un cura que acosaba a los niños y se suicidó una madrugada de niebla arrojándose al patio escolar desde el tejado del sórdido edificio... Había mucho que comentar sobre aquel turbio asunto, pero Boluda prefirió pasar página enseguida y evocar al padre Casulleras, el más humano y el único que había tenido una vida de mujeriego antes de entrar en los jesuitas, siempre tan tostado por el sol y tan duro en las clases de gimnasia.

Pues claro que lo recordaba. Me veía cada vez más animado, pero Boluda no me acompañaba en la alegría y pronto supe la triste causa: el padre Casulleras había tratado siempre de ridiculizarle o afeminarle ante los demás diciendo en clase de gimnasia que era un niño salido de un cuadro de Murillo.

Eso sí que era extraño, me dije, porque parecía imposible que alguna vez hubiera podido tener Boluda los suficientes rasgos finos para que alguien pudiera pensar que parecía un angelito del pintor Murillo...

Algo no iba bien ahí y, como si el mal estuviera en la hora elegida para salir de casa, empezó a ir peor cuando descubrí que el peatón cubista había ido siempre cinco cursos por debajo del mío y, por tanto, no le había visto antes en mi vida, pues en el colegio jamás me fijaba en los estudiantillos de cursos inferiores.

Me indigné, primero en silencio. Si me lo hubiera dicho antes, no habría perdido el tiempo con él. Me sentía rabioso y finalmente no pude contenerme —me ha llegado siempre al alma todo lo que se refiere a mis sagrados recuerdos del colegio— y le reproché que hubiera sido lo suficientemente ambiguo como para crearme la falsa impresión de que habíamos compartido aula. ¿Cómo se había atrevido a hacerme perder de aquel modo el tiempo siendo, además, tan feo? ¿Tan qué?, preguntó. Tan pringoso, dije. Imperturbable, quiso saber si creía yo tener la exclusividad de las semificciones. Porque le parecía, dijo, que él también tenía derecho a introducir falsedades en lo verdadero. ¿O era que solo yo allí, el señorito, tenía licencia para aquello? Me dejó helado, sin palabras. ¿Tan mal le había sentado que le llamara feo? A veces aún creo que sigo allí, atónito, boicoteado, lelo, hundido mucho más allá de mis desastrosas cinco de la tarde.

3. La oración de Cavarozzi

Cavarozzi, que fue uno de mis amigos en el París de los años setenta, es muy ágil mentalmente y brillante hasta lo indecible. Aunque no es su mayor mérito en la vida, fue el autor de aquel eslogan del Mayo francés que decía “Sed realistas, pedid lo imposible”.

Ser tan brillante no le ha impedido estar siempre obsesionado por la humildad, a la que ve como la única sabiduría a la que podemos aspirar los humanos.

La humildad lo es todo para él.

–La humildad es interminable –suele decir, remedando un verso de Eliot.

Hará veinte años, decidió regresar a su Buenos Aires natal, y me cuidé muy mucho de no cometer el error de perderle la pista, pues siempre supe que a la larga precisaría de su coraje mental y, sobre todo, de su fabuloso instinto para ver más allá de lo que ven los otros.

Y ayer, sin ir más lejos, me acordé de él cuando me enteré del espionaje masivo norteamericano que ha desvelado Snowden. Pensé enseguida en la última vez que había visto a Cavarozzi, hacía tres años, en Buenos Aires. Ese día comentó que, a casi ya medio siglo de la Revolución de mayo, no había que pedir ya lo imposible, pues lo imposible estaba de largo entre nosotros.

Para empezar, me dijo, he de recomendarte que escanees tu ropa, puede que te estén espionando, que lleves nanosondas. Tuve que pedirle que, por favor, me lo repitiera. No era nada inverosímil, dijo, que civilizaciones avanzadas que dominaban la Nanotecnología –ciencia del control y manejo de la materia a una escala menor que un micrómetro–, hubieran enviado ya a la Tierra robots de tamaño molecular y nosotros ni nos hubiéramos enterado; a fin de cuentas las nanosondas eran un método de indagación mucho más práctico que las naves espaciales, vieja parafernalia que solo servía para asustar a campesinos despistados.

–¡Cavarozzi!

Todo lo que él dice tiene un indudable tono de locura, pero cae siempre más cerca de la verdad que de la ficción. Porque a ver, ¿acaso, por ejemplo, no sospechamos que cualquier entrañable suelo patrio es en realidad una invención alienígena, un suelo pixelado hace siglos por artistas de planetas que están más allá de las nieblas monótonas de Saturno?

–¿Has visto lo vanidosos y ridículos que son los que creen que los americanos espían precisamente sus *e-mails*? –le pregunté ayer al llamarle con mi móvil a Buenos Aires.

–Te respondo en unos segundos, porque estoy aquí abajo –contestó.

Parecía imposible: alguien que desde hacía dos décadas se había ido a vivir a su Buenos Aires natal y no se había movido de allí en todo ese tiempo, estaba de pronto debajo de mi casa en Barcelona. ¿Era ágil también en eso? Miré por la ventana y, por increíble que pudiera parecerme, allí estaba el inventor del eslogan sobre lo imposible.

Al abrirle la puerta, no podía quitarme de la cabeza que Cavarozzi parecía haber actuado como los hombres del futuro, como los que con un solo parpadeo harán funcionar chips que les facilitarán en décimas de segundo viajar adonde su mente desee desplazarse. Pero preferí hacer como que no pasaba nada y seguí con el tema de la vanidosa paranoia de tanta gente que se sentía espía por la administración americana.

–Crean –dijo Cavarozzi– que Obama les vigila en persona, pero, ¿has visto al Obama trágico en Robben Island, en la celda de Mandela? ¿No viste el botón blanco del cuello izquierdo de su camisa? En él llevaba adherida una peonza extremadamente minúscula, una nanosonda. ¿Y cómo puede ser que no la hayas visto?

Fuimos a Internet para ampliar a gran escala la foto de Obama y pude ver en su botón, en efecto, esa minúscula mancha que recordaba a una peonza. Y comprendí que el presidente de los Estados Unidos no solo era espiado en la mazmorra de Mandela –en realidad una mazmorra cósmica–, sino que, además, su propio rostro delataba la angustia del momento, el inconfundible malestar de quien acababa de descubrir en aquel preciso instante que era vigilado desde las avanzadas regiones profundas que hay más allá de las brumas de Saturno.

–Y pensar –musitó Cavarozzi iniciando un rezo, una oración– que la gente cree que Obama está ocupado en espiar lo que ellos escriben en sus correos.

Me reí y angustié al mismo tiempo. Volví a mirar la expresión del presidente, su rostro aterrado en Robben Island en el momento de descubrir que fuerzas del universo le tenían apresado en la humildad interminable de una mazmorra infinita.

Al salir de la celda, Obama le dijo a la prensa que se hallaba “conmovido” y anotó en el libro de visitas de la cárcel una frase que repitieron todos los periódicos del mundo: “Deseo expresar un sentimiento de profunda humildad”.

Esas palabras de Obama en su mazmorra, siguió rezando Cavarozzi, no parecían estrictamente tuyas, sino dictadas por civilizaciones altas, parecían proceder de ese mundo de flechas doradas que dicen que surge de chispas de bujías más allá de Saturno y de los últimos astros, y que así sea.

4. Leyes que se nos escapan

Me inscribí en una terapia de grupo para insomnes, solo por curiosidad, ya que la verdad es que soy un tipo que duerme como los ángeles. Asistí a largas reuniones en las que, como decía la publicidad de la terapia, “insomnes reunidos hablaban, compartían experiencias y avanzaban en su largo camino hacia la curación”.

Había en el grupo una joven rubia maravillosa, una de esas mujeres que parecen soñar con el amor, lo que me permitía a mí soñar con ella. Más bella que nadie, no decía nunca nada: casi inmóvil en su asiento, nos miraba de vez en cuando a todos con una media sonrisa pecosa, ausente y vaga. No tardé demasiado en darme cuenta de que Jimena –así se llamaba– me recordaba a la desconocida que en mi juventud aparecía con extraña frecuencia en mis sueños.

Una tarde, le llegó por fin a Jimena el turno de hablar.

–Nadie –empezó diciendo– ha odiado tanto a las ovejas como yo, durante mucho tiempo las conté pacientemente todas las noches, pero no lograba nunca dormirme, y al final acabé no pudiendo soportarlas. Hasta que llegó esa día en Niza, a finales del verano de 2006, cuando casualmente encontré por fin una técnica para dormirme...

Explicó que ese día, al observar con detenimiento los informativos de France 2, le pareció que estos disponían de un sistema peculiar de dar las noticias. Tras narrar, por ejemplo, que el huracán Gordon se estaba paseando peligrosamente por la costa oeste de México, daban acto seguido la noticia de que de un ciclón amenazaba los Mares del Sur. Si poco después informaban del incendio en Budapest del edificio de la televisión estatal, no tardaban en hablar de la quema en Kinshasa, Congo, de la sede del partido del aspirante a la presidencia Jean Pierre Bemba, etc.

Al no haber una sola noticia sin su correspondiente hermana gemela, parecía que no fueran emitir nunca ninguna que fuera desaparejada. Por eso le llamó la atención tanto ese día una noticia que percibió completamente aislada del resto: un tal Russell Edson, cuentista norteamericano, era capaz de describir cómo un hombre se casaba con un zapato, o cómo un joven convencía a sus padres de que se había convertido en un árbol y luego no podía persuadirlos de lo contrario.

—Esa noche, mientras me concentraba en la rara noticia aislada, caí dormida como un ceporro —nos dijo.

El milagro Edson, lo llamaba ella. Se sucedieron luego muchas noches en las que logró dormirse gracias a saber esperar a que dieran una noticia aislada del resto. Su método se reveló casi infalible y hasta llegó a convertirse en una autoridad secreta a la hora de detectar noticias desaparejadas con las que dormirse.

Recuerdo bien que, al llegar a este punto, me pareció ver que todos los insomnes miraban a Jimena con admiración y, sobre todo, con envidia.

El método, dijo, se le estropeó cuando en todas las televisiones renunciaron a dar las noticias aparejadas y pasaron a darlas sueltas, como si quisieran que cayeran todas a boleo en un cesto podrido. Eso la condujo a una larga travesía de siete años de insomnio, sufrida travesía tan solo rota hacía unos pocos días cuando en Madrid había vuelto a suceder el milagro. Por la noche, en un cuarto de un hotel de la Gran Vía, encontró en una revista la traducción de un relato de Russel Edson. No oía hablar de él desde la noche de Niza y se puso a ojear distraídamente el cuento: la historia de un científico que tenía un tubo de ensayo lleno de ovejas y se preguntaba si debería intentar encogerles su textura y también si las ovejas serían conscientes de su pequeñez y si tendrían algún sentido de la escala y si no habría alguna oveja muerta entre ellas y si no pensarían que el tubo de ensayo era un establo de vidrio... Y entre una pregunta y otra, el científico las ponía bajo un microscopio y, contándolas, se quedaba dormido...

—Después —dijo Jimena— no sé lo que pasó, creo que me dormí.

—¿Solo lo crees? —le pregunté.

Cada vez estaba más convencido de que era la desconocida de mis sueños de juventud. Y de hecho me parecía ya andar enamorado de ella, como en aquellos viejos sueños.

—Sospecho —dijo Jimena— que hay episodios de nuestras vidas dictados por discretas leyes que se nos escapan. Una de ellas no sé en qué consiste, pero tengo para mí que es la ley Edson. Porque no puedo negar la evidencia: el señor Edson aparece siempre vinculado a mis grandes victorias sobre el insomnio. ¿Debo dejar pasar ese dato?

Había allí un desajuste injusto, como siempre sucede en las cosas del amor. Jimena buscaba a Edson y yo la buscaba a ella.

¿No es siempre así? K ama a F, pero F ama a C, que a su vez ama a D. Recuerdo películas de Eric Rohmer basadas solo en ese baile de equívocos y malentendidos.

Había un desajuste sentimental injusto, pero, aún así, queriendo ser elegante, le dije que me dedicaba a escribir y creía compartir con Edson amigos comunes y sabía que era un tipo complicado, pero me ofrecía a llegar hasta él para pedirle que le ayudara aún más en su insomnio.

En ese momento —no he podido olvidarlo— todos los demás sonámbulos me miraron con una ansiedad desmesurada, como si me estuvieran rogando que hiciera también lo mismo por ellos.

5. Indecisión y ambigüedad

Tutto prende l'avvio da una lettrera dell'Università di San Gallo che invita uno scrittore, vocenarrante del romanzo, a prender parte a un congresso sul tema *Fallimento*.

Me divierte comenzar en italiano, como si pensara que puesto que el tema del que voy a hablar parece acotado ya desde la primera frase –ha de tratar de “fronteras nebulosas”, concepto abierto y muy amplio, pero, aún así, acotado–, al menos sea libre la elección del idioma en las primeras líneas.

¿Y por qué el italiano? ¡Ah, no lo sabré nunca!

Pero no, esperen. Creo que es por Italo Calvino. Cuando empiezo un texto, suelo acordarme de unas palabras de Calvino acerca de la situación ideal en la que se encuentra el que empieza un texto porque tiene al mundo entero a su disposición, puede hablar de lo que quiera, todo es posible; lo es hasta el momento en que escribe la primera frase porque esta acota, reduce el universo de ese texto, pues ya no cabe todo si hemos de ser coherentes con esa primera línea, una primera línea que condiciona al resto de palabras de nuestro escrito y deja afuera ya muchas posibilidades y nos obliga a concernirnos a lo inicialmente expuesto.

Y aquí es evidente que “las fronteras nebulosas” han condicionado este arranque de mi texto llevándome al momento en que todo empezó, todo arrancó con aquella carta en la que la Universidad de San Gallen me invitó a un congreso sobre el Fracaso.

Fracasaron en su intento, porque no me fue posible acudir, pero escribí una novela entera basada en esa carta de invitación, la novela *Aire de Dylan*. Así que podemos decir que esa propuesta fallida para acudir a San Gallen fue una propuesta muy fructífera desde el punto de vista creativo.

Primer y último paréntesis: algún día habrá que estudiar la presencia e influencia de Yvette Sánchez en mi obra, porque no solo participó de una forma esencial en la elaboración de mi novela *Doctor Pasavento* –facilitándome mi visita al manicomio de Herisau, donde estuvo internado Robert Walser–, sino que en Basilea me llevó a ver la tumba de Erasmo de Rotterdam, el Rey de las Indecisiones (esa visita cambió muchas cosas en mi vida) y luego años más tarde me envió la invitación para el Fracaso y, cuando esa invitación fracasó pero originó una novela, me envió una nueva invitación, esta vez para el congreso de la Ambigüedad, diciéndome que no importaba demasiado lo que eligiera escribir para ese congreso porque, fuera lo que fuera, era más que previsible que, como todo lo mío, sería ambiguo... En fin. Digámoslo ya de una vez: todo esto me lleva a la conclusión –tomad nota para futuras tesis– de que Yvette Sánchez es una máquina de sugerirme invenciones y descubrimientos, pues casi todo lo que ella toca acabo escribiéndolo.

El congreso de la Ambigüedad fue una reunión que al final se tituló *Fronteras nebulosas*, pero yo nunca olvidé que en un primer momento Yvette –en exclusiva para mí, supongo– lo llamó congreso de la Ambigüedad; seguramente lo llamó así –de una forma menos académica y así más atractiva para mí– para no correr riesgos y que yo volviera a desertar.

Tal vez por eso en Nueva York llamé “Congreso de la Ambigüedad” a *Fronteras nebulosas* el día en que me encontré con otro de los invitados al encuentro, mi amigo Sergio Chejfec. Faltaban todavía unos meses para la reunión de San Gallen y comentamos por las calles de Nueva York que la próxima vez que nos viéramos sería seguramente en la ciudad suiza... Y entonces...

En los últimos tiempos –por motivos que se me escapan pues hace años que dejé de ser un “personaje literario” y me dedico básicamente a escribir, apareciendo en público solo por obligaciones contractuales relacionadas con la promoción de mis libros– he protagonizado, en calidad de personaje, infinidad de extrañas historias escritas, pero solo me reconozco en la que cuenta Chejfec en el ensayo *El sendero de los indecisos*, el texto que leyó precisamente en el congreso *Fronteras nebulosas* de San Gallen.

En ese texto cuenta un momento de indecisión en nuestro paseo de aquel día por Nueva York. “Ahora voy a referir un caso real, dicho así con comillas, en parte para favorecer esa dimensión compartida por la realidad y la literatura llamada experiencia”, dice ahí Chejfec. Y cuenta que meses atrás “caminaba con uno de los expositores invitados, aquí presente. Era por la tarde, salíamos del mercado donde habíamos comido, y no nos dirigíamos a ningún lugar en particular. En un momento de distraído silencio, mi acompañante refiere en tono de confesión que participará de este encuentro; lo llama “Congreso de la Ambigüedad”. Pero que está cada vez menos persuadido de lo que la palabra significa; en el pasado le resultaba una cosa bastante clara, dice, pero ahora le parece cada vez más oscura porque, presume, la encuentra siempre, aun hasta cuando no la espera. Supuse que quería decir que uno sabe lo que la ambigüedad significa, pero ignora el significado que verdaderamente tiene (...).

Hablar de esto nos llevó a quedarnos indecisos a la hora de cruzar una calle, cuenta Chejfec. Los coches frenaban para cedernos el tránsito, sin advertir que la ambigüedad desatada en la escena impedía que avanzáramos. Fue como si un síndrome de vacilación nos persiguiera y hubiera elegido ese momento para ensañarse con nosotros: “Imaginé que salían de nuestros pies hileras de puntos suspensivos, acaso inverificables pero igualmente gráficos: esos puntos sobre la línea que anuncian lo innecesario de continuar porque ya se sabe, o porque se puede decir cualquier cosa. Pero sobre todo el comentario sobre la ambigüedad me sometió, creo que a los dos, a lo que podría llamar régimen de indecisión. No solo me resistía a cruzar, sino que carecía de fuerzas para reaccionar en cualquier dirección...”

Fue así exactamente y aún hoy me asombra la exactitud nada ambigua con la que está relatado ese episodio tan ambiguo vivido con Chejfec al intentar atravesar aquella calle. Esa sensación de que podíamos mantener la indecisión por un tiempo muy indefinido...

Ello me hizo pensar, decía Chejfec, que *la indecisión puede ser vista como expresión escénica de la ambigüedad*.

Meses después, ya en el “Congreso de la Ambigüedad” o “Simposio Fronteras nebulosas” (que *decida* cada lector cómo preferiría llamarlo), la excelente conferencia de Chejfec incorporó a la indecisión como expresión escénica de la ambigüedad y eso luego condicionó muy especialmente mis pasos por San Gallen, sobre todo cuando salía a almorzar precisamente con el propio Chejfec y caminábamos por la población a la búsqueda de un lugar para comer y yo todo el rato tenía la impresión de que en cualquier momento podía repetirse con facilidad la escena de indecisión de Nueva York.

Hubo un mediodía memorable. Fue aquel en el que, tras las vacilaciones de rigor, decidimos entrar a comer en el Café Gschwend en el número 7 de la Goliathgasse. Subimos al comedor en la primera planta. La joven camarera suiza sabía hablar nuestra lengua porque, según nos dijo, estaba casada con un español, seguidor acérrimo del Real Madrid.

Tras algunas indecisiones, Chejfec decidió no pedir segundo plato, a diferencia de mí, que pedí uno que no sabía muy bien qué era, pero que pensé que iba a gustarme. Cuando ese segundo plato llegó –unos extraños canapés que no se parecían a ninguno de los muchos que a lo largo de mi vida había visto antes–, Chejfec lo fotografió: su colorido era extraordinario.

Comí entero ese segundo plato pero nunca he conseguido saber lo que era. En cualquier caso, recuerdo que aquellos canapés me llevaron a pensar que si *la indecisión puede ser vista como expresión escénica de la ambigüedad*, también aquel plato, con su brillante y espectacular policromía, debía ser visto como una *expresión escénica de la ambigüedad*.

¿Significaba eso que el plato mismo era una indecisión?

La respuesta a tan personal pregunta me llegó de forma imprevista este verano, es decir, cuatro meses después. Me llegó cuando, hallándome en julio de 2013 en un hotel al sur de Cerdeña, tuve que elegir entre diversos postres que se exhibían en una larguísima mesa de mantel blanco.

Uno de ellos, perteneciente sin duda a la gastronomía local, me dejó impresionado por su ambigüedad: parecía pastel de manzana, pero no podía serlo porque su color era más bien psicodélico. Como aquel colorido excepcional le dejaba a uno hipnotizado, estuve mucho rato mirándolo con fascinación, lo que llevó a una señora mayor —a la que no había visto nunca antes, pero que era nativa de la isla a todas luces— a creer que yo estaba indeciso y no sabía si llevarme aquel postre a la mesa o no.

—Le veo muy indeciso —dijo la señora.

A punto estuve de explicarle que no se trataba de indecisión por mi parte, sino de fascinación ante aquel postre sardo tan enigmático, ante aquel postre que por sí mismo era ya una gigantesca indecisión y, además, la más adorable expresión *escénica de la ambigüedad* que yo había visto en mi vida.

Pero no se lo expliqué. La señora sarda estaba muy lejos de poder comprender esto, como también de comprender que en Suiza hubiera congresos sobre la ambigüedad.

Aunque bien pensado (me dije después cuando rememoré el incidente): ¿alguien es capaz de ver como algo normal que en Suiza haya congresos sobre la ambigüedad? ¿Sucede esto porque Suiza es el paraíso de lo ambiguo? Me siento tan indeciso a la hora de responder a esto que me veo convertido en un pastel sardo. Lo que oyen (en este caso: lo que leen): me veo a mí mismo en este preciso instante como la más pura y auténtica *expresión escénica de la ambigüedad* que existe. Es más, creo que llevo vida de pastel. Contémplenme y devórenme si se atreven. Ya les aviso, en el segundo mordisco quedarán prisioneros de la más tremenda indecisión.

6. No leeré más e-mails

Eric Satie no abría nunca las cartas que recibía, pero las contestaba todas. Miraba quién era el remitente y le escribía una respuesta. Cuando murió, encontraron todas las cartas por abrir, y algunos amigos se lo tomaron a mal. Sin embargo, no era para enfadarse. Cuando publicaron las cartas juntamente con sus respuestas, el resultado fue muy interesante. “Esa correspondencia es fantástica porque todos ahí hablan de cosas distintas y, por supuesto, esa es la esencia del diálogo”, comentó Ricardo Piglia.

Este verano me embarqué en el velero Zacapa, un Frers Dorado 36, bautizado con nombre de ron por el color de su madera. Dos expertos navegantes —uno es publicista y dueño del barco y el otro es un escritor amigo— me permitieron subir a bordo en el puerto de Marsella, la ciudad donde con gran vorágine he pasado los últimos meses escribiendo mi última novela y metiéndome en líos indeseables.

Debo decir que en ningún momento me obligaron a colaborar en los trabajos del Zacapa, aunque, al parecer, viendo que no arrimaba el hombro para nada y solo me limitaba a espiar sus diálogos en alta mar, hubo momentos en que los dos sintieron deseos de tirarme por la borda.

Finalmente, me dejaron en un hotelito en la bahía de Nora, al sur de Cerdeña, junto a las ruinas del poblado fenicio de Pula. Llevo aquí cinco días entre la playa y la piscina y la visita obsesiva a las ruinas, que son sin duda lo más interesante de los alrededores.

El wifi del hotel ha funcionado de forma tan irregular que me ha desquiciado. Como venganza, pero también como juego de despedida y guiño a Satie, voy a homenajear hoy a la verdadera esencia de todo diálogo respondiendo *e-mails* que me han llegado durante las vacaciones y que no he leído ni pienso leer.

Al *e-mail* 1 (un gran amigo) le he respondido que no somos tan cabrones y que la prueba está en que algunos figurones literarios deben más de uno de sus éxitos a que nos ha dado apuro parecer envidiosos.

Al *e-mail* 2 (sospecho que un entrevistador) le he respondido que hay una escritora, Elisabeth Robinson, que a la cuestión de si es autobiográfica o no su obra narrativa, siempre contesta: “Sí, el diecisiete por ciento. Siguiente pregunta, por favor”.

Al *e-mail* 3 le he recomendado no leer a los que tratan de imponer algún tipo de escritura excluyendo a las demás, porque es de mendrugos no defender que han de existir múltiples formas de literatura, tantas como formas de vida.

Al *e-mail* 4 (el entrenador del Bayern) le he escrito diciéndole que los críticos presumidos solo mejoran cuando están morenos.

Al *e-mail* 5 le he confiado que en Marsella soñé todo el rato que encontraba en la calle balas sin detonar.

Al *e-mail* 6 (editor en crisis que solo ha defendido intereses comerciales y nunca intelectuales) le he insinuado que en la adversidad conviene muchas veces tomar por fin un camino atrevido.

Al *e-mail* 7 le he dicho que me habría gustado refugiarme un año entero en París o en Nueva York y huir de los capullos de mi tierra, pero ya es tarde para todo.

Al *e-mail* 8 (remitente de naturaleza envidiosa) le he contado que no iba a tardar nada yo en untar de mantequilla una tostada.

Al *e-mail* 9 le he dicho que la verdad tiene la estructura de la ficción.

Al *e-mail* 10 le he explicado que no me molestaría conocer Abu Dabi si pudiera volver el mismo día.

Al *e-mail* 11 le he dicho que entre mis autores preferidos están David Markson y Flann O’Brien, y todos los autores preferidos por Markson y O’Brien, y todos los autores que estos, a su vez, preferían.

Al *e-mail* 12 le he escrito como si le estuviera enviando una carta postal: De vacaciones en Cerdeña. Ruinas y luna llena. Comida espectacular. Me he negado a hacer amigos. Abrazos.

Al *e-mail* 13 le he contado que me he cansado ya de esperar, de emprender, de lograr, de abrochar y desabrochar, de perseverar, de insistir.

Al *e-mail* 14 (un escritor principiante) le he dicho que no leo nada por miedo a encontrar cosas que estén bien.

Al *e-mail* 15 le he explicado que he podido confirmar que es cierto que cuando *miras al abismo, el abismo también te mira a ti*.

Al *e-mail* 16 le he contado que la mayor discusión de mi vida la tuve en Soria y duró dos días y llegó a ser violenta: discutí sobre cómo se pronunciaba Robert Mitchum.

Al *e-mail* 17 le he confirmado que Norma Jean Baker se mató.

Al *e-mail* 18 le he recordado que todo permanece pero cambia, pues lo de siempre se repite mortal en lo nuevo, que pasa rapidísimo.

Cuando iba a cerrar el ordenador, ha entrado desde Marsella *in extremis* el *e-mail* 19, al que he contestado que no voy a pagarle mi deuda y que lo siento pero voy con prisas, porque salgo de inmediato hacia las ruinas de Pula, donde –ya sabrá disculparme– lo he dispuesto todo para esta noche suicidarme.

Tal vez me envíe otro correo. Da igual. Entiéndaseme, es algo serio y yo sé que definitivo: no leeré más *e-mails*.

7. La teoría de Lyon (fragmento)¹

Fui a Lyon el año pasado para participar en unos debates literarios sobre las relaciones entre realidad y ficción.

El taxista que me esperaba en el aeropuerto tenía aspecto de asesino de una película de serie negra y había escrito, con tremendos fallos ortográficos, mi apellido. Lo normal es que los taxistas que cumplen estos cometidos de ir a buscar a alguien a un aeropuerto tengan un comportamiento burocrático, rutinario. Cruzan cuatro secas palabras contigo y te dejan, con la debida eficacia, en el hotel, y punto. Pero mi taxista parecía tener ganas de hablar y de inmiscuirse en mis asuntos. Y lo que fue peor: a mitad del trayecto me confesó que no sabía muy bien cómo se llegaba al Hotel des Artistes, donde debía hospedarme. Fue un recorrido que recuerdo larguísimo, parecía que no iba a acabarse nunca. Cuando llegamos por fin a la puerta del hotel y parecía que afortunadamente iba ya a perderle de vista, logró ponerme nervioso al emplear una infinidad de tiempo en rellenar el cupón justificativo del viaje y luego pedirme una firma en un papel y una firma en otro. Era como si no estuviera muy seguro de que fueran a pagarle los de Villa Fondebrider, la organización que me había invitado a los debates literarios.

Cuando parecía que la historia infinita del cupón y de las firmas ya había terminado y que por suerte iba a perderle ya de vista, el taxista me preguntó con un hilillo de voz, presuntamente ingenuo, inocente:

–¿Qué sentido tiene lo que me dijo durante el trayecto?

No daba crédito a lo que acababa de oír.

–¿Qué sentido? No recuerdo haber pronunciado palabra –me limité a decirle.

Pero bien que recordaba yo que en un momento del trayecto, sabiendo que no me entendería, le había dicho, con muy mala intención, que nunca nadie ha encontrado nada, ni lo encontrará jamás. Es tal mi ánimo de venganza que confío en que todavía hoy esté preguntándose qué quise decirle cuando le dije que nunca nadie encontró nunca nada jamás.

*

¹ “La teoría de Lyon” se publicó en parte en el ensayo de ficción *Perder teorías* (Barcelona: Seix Barral, 2010).

En la recepción del hotel me dieron, de parte de la Villa Fondebrider, un gran sobre blanco que contenía un mapa de Lyon y un completo programa de las numerosas actividades que tenían lugar en el Centro Artístico Desbordes-Valmore, a un kilómetro del hotel. Solo un sobre blanco y ni una palabra de bienvenida, ni una tarjeta o carta personal de alguien, nada más. El mapa y el programa. No se sabía en qué momento –si existía tal momento– se pondrían en contacto conmigo. Subí a mi cuarto y, pasada una hora sin que nadie se ocupara de mí, sentí que había comenzado a convertirme en un esperador. ¿No era lo que en realidad había sido siempre?

Si lo pensaba bien, mi vida podía ser descrita como una sucesión de expectativas. En realidad, siempre había sido un esperador. Y nunca había perdido de vista que Kafka nos descubrió que la espera es la condición esencial del ser humano. Recuérdese, por ejemplo, *Ante la ley*, donde el protagonista se pasa la vida esperando cruzar una puerta que solo está destinada a él y que nunca va a lograr atravesar.

Recordé relatos –de Julián Gracq, por ejemplo– donde la espera prevalecía sobre el acontecimiento, lo que servía como pretexto para el desplazamiento de la temporalidad: el tiempo se escandía y alargaba a través del sistema de sucesión de expectativas que, al verse interrumpidas por otras nuevas expectativas, daban paso a nuevos comienzos y nuevas esperas, y así hasta el final del relato, que solía coincidir con el final de la primera expectativa y el comienzo de una nueva espera, que a su vez parecía abrir nuevas expectativas.

En Gracq los relatos y las novelas eran como salas de espera. En su narración corta *La presq'île* –primera de las tres *nouvelles* que componen el libro del mismo título–, la acción casi inmóvil se iniciaba directa y literalmente en la sala de espera de una estación de tren: “A través de la puerta vidriera de la sala de espera...” son las primeras palabras de *La presq'île*. Ahí está condensado todo Gracq, siempre sentado en la gran sala de espera del mundo. Durante las siete horas que duraba la casi invisible acción de *La presq'île*, esta se subdividía en pequeñas historias, recuerdos y secuencias que iban de alguna forma amueblando mentalmente el tiempo vacío de Simon, el joven protagonista, el esperador.

“La alegría no es la conformidad alborozada con lo que ocurre en la vida, sino con el hecho de vivir”, ha escrito Fernando Savater. Lo mismo puede decirse de la espera, que no está conforme con nada salvo con el hecho de aguardar. La alegría, al igual que la espera, hay que entenderla como afirmación del presente, sin nostalgia del pasado ni temor al futuro. “Hablando con propiedad”, escribió Robert Louis Stevenson, “no es la vida lo que amamos, sino el vivir”. Y lo mismo podríamos decir de la espera: no es ella lo que amamos –a fin de cuentas, como decía Blanchot “la espera comienza cuando no hay nada más para esperar, ni siquiera el fin de la espera; la espera ignora y destruye lo que espera; la espera no espera a nadie”–, sino el esperar, que esencialmente es –al igual que la alegría– una afirmación de la vida y del presente.

Seguramente tenían mucho sentido las palabras de aquella deliciosamente absurda anciana rusa de la que habla Bertrand Russell en sus memorias: “Si, señores. Hace mal tiempo y estamos esperando a que cambie. Pero es mejor que haga mal tiempo a que no haga ninguno, y mejor que estemos esperando a que no esperemos nada”.

*

Por un momento, pensé en lo bien que estaría en mi casa de Barcelona. Y me acordé de Julio Ramón Ribeyro, al que invitaron una vez a Burdeos a dar una charla y jamás

supo encontrar a los organizadores, ni el lugar donde le esperaban para dar la conferencia y terminó por regresar a París sin haber cruzado en dos días una sola palabra con nadie.

Pronto en mi cuarto de hotel de Lyon fui consciente de que podía ocurrirme algo parecido a lo de Ribeyro en Burdeos. Para evitar que me ocurriera lo mismo, siempre tenía la posibilidad de desplazarme al Centro Artístico Desbordes-Valmore y preguntar qué debía hacer, preguntar a qué hora me tocaba hablar al día siguiente, dónde podía comer, etcétera...

Parecía lo más razonable ponerse en movimiento y actuar así, pero también me parecía igual de razonable que se pusieran en contacto conmigo los que me habían hecho viajar hasta allí. De modo que finalmente decidí que lo mejor sería seguir sin moverme del hotel hasta que me dijeran algo. Me fui quedando en la habitación, y recuerdo que, con el televisor funcionando sin sonido, comencé a tomar notas distraídas acerca de cualquier tema, y acabé reflexionando sobre una época de mi juventud en la que las teorías literarias tenían mucho peso. Eso quizás explique en parte que, algo más tarde, todo derivara hacia la elaboración de unos apuntes para una teoría general de la novela.

*

Al caer la tarde, sin noticias de la Villa Fondebrider y cansado de la televisión y de mi escritura automática, decidí salir a dar un paseo y ver cómo era el centro de la ciudad. En definitiva, poner en marcha una expedición al exterior, una caminata que proyecté breve, porque me estaba gustando cada vez más la sensación de encontrarme en situación de espera en el interior de mi propio cuarto de hotel. Es más, comencé a verme a mí mismo dentro de un imaginario relato corto que se titulaba *La espera*. Era un relato al que le sentaban mejor los interiores. Y, en fin, empecé a tener la impresión de que todo lo que me sucedía formaba parte de ese cuento. Y no ocultaré que era esta, en el fondo, una forma de combatir la soledad. El hecho es que, cuando hacia el atardecer salí a las calles de Lyon, lo hice convertido ya en el protagonista de mi relato.

Me gustaba el nombre por el que era conocida la zona de Lyon donde me encontraba: *la presq'île* (literalmente: la casi isla), una península en medio de los dos caudalosos ríos, el Ródano y el Saona, que pasan por el centro de la ciudad. Y me gustaba muy especialmente porque era el título del libro de tres cuentos de Julien Gracq, precisamente un maestro en colocar el tema de la espera en el centro mismo de sus libros.

Salí a pasear por la bella *presq'île* al atardecer y fui caminando, con pasos lentos, casi tímidos, siguiendo el cauce de uno de sus ríos hasta llegar a una gran y hermosa plaza que tenía todo el aspecto de ser la más importante de la ciudad. Allí me planté ante un gigantesco quiosco de revistas y compré prensa española y francesa y descubrí que tenían el último número de *Magazine Littéraire*, con un dossier sobre la obra del autor precisamente de Julián Gracq: un dossier en el que yo había colaborado con un texto titulado *La fría luz de Sirtes*. Fue una alegría grande —y tal vez un signo surrealista de signo gracquiano— encontrar aquella revista que estaba acostumbrado a recibir en mi casa de Barcelona, siempre unos quince días más tarde de su aparición en los quioscos franceses.

Cené en un restaurante italiano de la plaza. Y luego, como una sombra errante, ya a punto de caer la noche, regresé al hotel.

*

Cosas que pensé durante la cena y anoté:

- a) En esta situación de espera de Lyon habla una voz que me dice que la espera no tiene sentido, pero en esa misma voz hay al menos un eco de ese sentido que se niega.
- b) ¿Y si la espera fuera la espera de otra espera? ¿Y si hubiera otra muerte después de la muerte?
- c) Recuerdo una frase de Julián Gracq donde aparece el verbo esperar: “El escritor no tiene nada que esperar de los demás. Créame, ¡solo escribe para él!”.
- d) “¡Viajar! ¡Perder países!”(Fernando Pessoa).
- e) ¡Escribir! ¡Perder libros, perderlos todos!

Cosas que pensé y no anoté:

Está por escribir todavía un libro que hable de los diferentes autores literarios que trataron el tema general de la espera en relación con el desasosiego y la interrogación metafísica. Nerval, Breton (Nadja), Buzatti, Julien Gracq, Kafka, Coetzee (*Esperando a los bárbaros*), Juan Benet (*En la penumbra*), Beckett (ayudado por Godot) y demás séquito.

*

Ya en mi cuarto del Hotel des Artistes y tras comprobar que por suerte (porque ahora podía hablarse de suerte, pues no deseaba ya ni lo más mínimo que alguien en Lyon se acordara de mí, al menos hasta el día siguiente) no tenía ninguna nota o comunicación de los organizadores del festival, pasé a seguir disfrutando de mi condición de protagonista del relato *La espera*, y comencé a leer *La fría luz de Sirtes*, mi artículo en *Magazine Littéraire*, como si de algún modo estuviera leyendo el texto de otro, reinventándolo a cada momento, viendo en el libro de Gracq lo que meses antes, cuando escribiera el artículo, no había sabido ver. Y poco a poco fui descubriendo que en aquella inesperada relectura se escondía todo un manifiesto o teoría acerca de lo que yo entendía que debía ser la novela del futuro, tal vez única y simplemente mi novela futura. Allí estaban –iban surgiendo de mi vivificadora acción de lector de mí mismo– los rasgos principales que debería sin falta poseer la novela del futuro, o mejor dicho, que debería sin falta poseer mi futura novela.

Comencé en los márgenes de mi artículo a anotar los elementos –irrenunciables, imprescindibles– que debían estar en toda novela futura que quisiera sentirse perteneciente al nuevo siglo. Encontré seis rasgos esenciales:

La intertextualidad

Las conexiones con la alta poesía

La escritura vista como un reloj que avanza

La victoria del estilo sobre la trama

La conciencia europea de un paisaje moral ruinoso

Un combativo vanguardismo, asimilado en realidad como un momento más de la tradición.